

La silla

Lilia Canseco Rodríguez

Llegamos a vivir a la ciudad de Chihuahua en agosto de 1970, a la casa ubicada en la calle Ojinaga No. 809 "A", en lo que hoy es el edificio vacío de la Farmacia "República", enfrente de la Clínica del Centro. En octubre de ese año mi hermano y yo cumpliríamos cinco años.

Recuerdo cómo fue la llegada a ese edificio de dos pisos que nos daría cobijo por cinco años:

Los señores de la mudanza se movían lentamente introduciendo los muebles a cada rincón de la casa. Lo más pesado era subir camas y roperos al segundo piso.

Yo, con apenas cuatro años, ya buscaba mi lugar favorito, acompañada de una silla que no encontraba su sitio.

—Señor ¿me puede ayudar?

—¿Qué quieres? —respondió impaciente.

—Quiero llevar mi silla allá arriba.

—¡Mf! —espetó malhumorado. Pero como quien levanta una pluma, tomó la sillita y subió con ella, conmigo corriendo detrás.

Casi la dejó en la orilla de la escalera, pero en ese lugar ya podía yo moverla más fácilmente. El problema era ¿para dónde? Ahí no parecía estar el lugar indicado donde habría de iluminar mis cuadernos de colorear, en el cual empezaría a leer mis cuentos favoritos o en el que escribiría mis primeras cartas con destino final Oaxaca.

Sin el menor asomo de timidez me dirigí a otro hombre igual de ocupado que el anterior.

—Señor ¿me puede ayudar? —dije tocando su pierna.

¿Qué quieres? —parecía que el mal humor reinaba ese día—
Dime pronto.



—Quiero bajar mi silla.
—Mmm, está bien; dame acá.
Y así fue ese primer día en mi nueva casa: una búsqueda constante para encontrarme a mí misma, que continúa hasta la fecha.

